

# LARROSA

El valle de la Garcipollera, recóndito espacio recorrido por el río Ijeuz, es el gran olvidado dentro de la comarca de la Jacetania, especialmente porque esconde tesoros indiscutibles de un románico traducido a un lenguaje popular. El drama humano del abandono de la población, sufrido por esta zona en los años 60 del siglo XX, es el origen de la decadencia de este valle, en cuyo extremo más oriental se asienta Larrosa, en la pradera de una colina del *flyx eocénico*, a 1.179 m de altitud. Se encuentra en un punto clave de conexión con el cercano valle del Aurín, razón por la cual se trata de un enlace con la localidad de Acumuer, en la aneja comarca del Alto Gállego.

A través de la N-330, en dirección Francia, alcanzaremos en cinco minutos desde Jaca la localidad de Castiello de Jaca. Desde allí, atravesado el puente, y una vez recorrida la pista asfaltada que nos permite llegar hasta Villanovilla, tomaremos la pista que conduce a Santa María de Iguácel. A la mitad del camino, un cartel a la derecha nos avisa del desvío hacia el lugar de Larrosa. En poco más de quince minutos, mientras contemplamos el bello paisaje a través del boscoso entorno, llegaremos a dicho despoblado. Hay que estar muy atentos, puesto que una vez terminado el ascenso, una señal a la derecha del camino nos indicará la ruta descendente que nos llevará hasta el solar en el que se encuentran los restos del templo.

Fueron los Abarca los dueños del señorío o baronía de Garcipollera, quienes presumían de ser un viejo linaje nacido de la casa real. Según la leyenda, su linaje descendía del rey Sancho Garcés apodado Abarca (970-994), abuelo de Sancho III el Mayor (1004-1035), rey de Pamplona. De este señorío se deriva en 1680 el condado de Larrosa, título que pervive hoy día ya alejado de las fronteras aragonesas.

En la *Colección Diplomática de la Catedral de Huesca* existe un documento que nos informa de un hecho importante, el acaecido en el año 1066 cuando el conde Sancho Ramírez dio a su ayo Sancho Galíndez, y a su esposa Urraca, la villa de *Lakarrosa*. El mencionado aitán de Ramiro I y Sancho Ramírez fue un personaje destacadísimo en la corte real aragonesa y muy importante para el valle, ya que lo enriqueció y engrandeció con sus donaciones. Ejemplo de ello es la fundación en el siglo XI del monasterio de monjas cistercienses de Santa María de Iguácel, cuya iglesia sigue deleitando a los curiosos que se acercan hasta el final del valle.

En el *Cartulario de San Juan de la Peña* se halla un documento de confirmación de la donación anterior por parte del rey Sancho Ramírez, quien en 1068 la hace legítima. Entre 1076 y 1086 encontramos la primera mención de un tal señor Sanz de *La Ros*. El 20 de diciembre de 1367, era del señor Jimeno de Acín, como así nos explica Antonio Ubieto, tras consultar documentos sueltos del Archivo Municipal de Jaca. De señorío secular en 1785 fue, como los demás lugares del valle, priorato de Jaca en 1279 y arciprestazgo de Garcipollera, perteneciendo al obispado de Huesca hasta 1571, año en que pasó al de Jaca.

## *Iglesia de San Bartolomé*

EN EL PUNTO MÁS OCCIDENTAL DEL PUEBLO se halla la iglesia de Larrosa, dedicada a San Bartolomé. Enfundada en zarzas, ortigas y demás selva boscosa aliada del olvido, el templo aparece solitario a los ojos de un visitante subyugado ante la belleza de un paraje silencioso, lleno de almas ausentes.

Se trata de un ejemplo de ese románico lombardo traducido por aldeanos menos diestros, que incluye un lenguaje

derivado de la tradición, asumiendo las notas de un epígono local, el de las iglesias del Alto Gállego, un aspecto lógico dada su cercanía y las buenas comunicaciones con ese valle serrablés. Los habitantes enriquecieron la iglesia con capillas laterales en siglos posteriores, como suele ocurrir habitualmente y con ello desvirtuaron la lectura del primitivo templo.

El edificio de planta rectangular y ábside semicilíndrico está litúrgicamente orientado. El ábside resume las caracterís-



Exterior del ábside



Interior del ábside

ticas antes apuntadas. Su filiación larredense se hace patente en su estructura y decoración: hiladas de buen tamaño aparejadas a soga y tizón, y por supuesto, la fila de baquetones cilíndricos bajo la cornisa, una solución que descansa sobre la serie de arquillos ciegos de estilo lombardo. Esta serie no se complementa con las correspondientes lesenas. De esta manera queda el paramento totalmente liso, sin compartimentación. Un arco adovelado de medio punto y doble derrame centra el hemiciclo.

El acceso se encuentra en el lado sur, opuesto a la esbelta torre que se adosa en el muro norte, y cuyo último cuerpo cuenta con aberturas en arco de medio punto para la colocación de campanas. Al interior, la nave, abierta a la intemperie ante la falta de cubierta, ofrece un aspecto desangelado. Resiste el abovedamiento de la cabecera: bóveda de horno para el ábside y de medio cañón para el presbiterio.

En el imafrente, bajo un arco, y junto a unas escaleras que probablemente dieran acceso al coro, se halla una pila

bautismal desposeída ya de su función y belleza. El conjunto data, posiblemente, de finales del siglo XII.

Texto: LAG - Fotos: AGO

#### Bibliografía

AA.VV., 2002, nº 8; ACÍN FANLO, J. L., 1997a, p. 29-30; ACÍN FANLO, J. L., 2011, VII, p. 145; AGERO, J. (coord.), 1993, II, p. 24; ARAMENDÍA, J. L., 2003a, pp. 168-170, figs. 285, 286, 287, 288; ARAMENDÍA, J. L., 2008; CAMPO, S., 2006; CASTÁN SARASA, A., 2008, p. 33; DURÁN GUDIOL, A., 1965a, I, doc. 35; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1974, p. 46; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1983, pp. 111-115; ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1987 (1993), p. 47; GALTIER-MARTÍ JIMÉNEZ, R., 2005; LACARRA DUCAY, M. C. *et alii*, 1993, p. 91; MADOZ, P., 1845-1850 (1997), p. 268; MARGALÉ HERRERO, R., 1999, pp. 60-64; MARTÍNEZ, M., 2010a; ONA GONZÁLEZ, J. L., 2010a, p. 50; ORTAS DURAND, E. y SÁNCHEZ SANZ, E., 2009, pp. 54, 181, 206; UBIETO ARTETA, A., 1960, doc. 17; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, pp. 738-739.